



María

En este sábado antes de empezar la Semana Santa, la cuarentena puede iluminar la bella palabra que es el nombre de María.

Este coronavirus puede descubrirnos algo de María. Pues el enfermo se hace necesitado, se vuelve niño, y tiene más necesidad de la presencia de la madre. Ahora que estamos enfermos también como familia o como comunidad, redescubrimos a María.

Un primer aspecto de María que descubrimos hoy es su carácter de morada, de casa, hoy que se habla tanto de “quedarse en casa”. ¿Por qué no: “yo me quedo en María? Uno puede quedarse “en” Ella, porque como Madre abre un espacio, crea un hábitat. Toda madre es el primer hogar donde el niño vive.

A María los medievales le aplicaban el texto bíblico “la sabiduría se ha construido una casa”. Y la pintaban cubriendo bajo su manto a sus hijos.

Hay actores que cuando salen al escenario lo llenan, tienen presencia. Y hay personas que irradian a su alrededor un ambiente acogedor. Estar con ellas es entrar en un hábitat.

El poeta francés Péguy comparaba a María con una bella catedral gótica. Cuando entramos en ella, rodeados de tanta belleza, resulta fácil ser bueno. Es como si aquí la tentación fuera al revés, una tentación a la paciencia, al amor, a la virtud. Esto es así porque María es la casa donde nació Jesús. Ella nos confía ese ambiente donde podemos vivir como vivió Jesús.

Así que “yo me quedo en María”.

En segundo lugar, quien se queda en María no se queda encerrado en ella. Pues María siempre estuvo en camino, peregrina en la fe, como dice Juan Pablo II. Este es un tiempo para pedir luz sobre nuestro camino y el camino del mundo, cuando caen tantas sombras.

María fue la experta en meditar en su corazón, como nos cuenta san Lucas. Hay aquí un gran contraste con los discípulos. Los discípulos no entienden a Jesús, y les da miedo preguntar. María tampoco entiende a Jesús, pero a diferencia de los discípulos acoge lo que Jesús dice y lo medita en su corazón. Lo meditó siguiendo siempre a su Hijo, poniendo la vida de Cristo como clave para leer toda la historia suya y de su pueblo.

Por fin, María ilumina este tiempo de sufrimiento. Ella es la Virgen de los Dolores. Pensemos en su encuentro con Jesús en el viacrucis. Ella no tiene miedo a entrar en el mundo del dolor, se hace vulnerable ante el dolor de su hijo. En su Vía Crucis Gerardo Diego expresa lo mucho que mueve al cristiano este doble dolor, este dolor que ha hecho surgir el amor, y que se hace así amor redentor. “Cristo llora por María / María llora por Cristo / ¿Y yo, firme, lo resisto? / ¿Mi alma ha de quedar ajena? / Nazareno, nazarena / Dadme si quiera una poca / de esa doble pena loca / que quiero penar mi pena”.

Podemos terminar con otro verso, esta vez del poeta americano T.S. Eliot, que transforma la última parte del Avemaría: “Ruega por nosotros, Ahora y en la hora de nuestro nacimiento”. Porque María está ahí para hacernos nacer. Y esto no quita que digamos “en la hora de nuestra muerte”, porque desde María podemos asociarnos a Cristo, y en él se muere para nacer.